

HISTORIA 396  
ISSN 0719-0719  
E-ISSN 0719-7969  
VOL 16  
N°1 - 2026  
[67-100]

## El trabajo de la confección en Chile: sastres y costureras, 1910-1930

*The garmenttrade in Chile: tailors and seamstresses,  
1910-1930*

DOI: <http://dx.doi.org/10.4151/07197969-Vol.16-Iss.1-Art.948>

**Claudio Pérez**

Universidad de Santiago de Chile  
[claudio.perez.s@usach.cl](mailto:claudio.perez.s@usach.cl)

**Diego Morales**

Universidad de Santiago de Chile  
[diego.morales@usach.cl](mailto:diego.morales@usach.cl)

### Resumen

Desde el ángulo de la historia social, el artículo analiza el negocio de las tiendas de sastrerías y su importancia como espacio de trabajo en la manufactura nacional en una época inmediatamente anterior al auge de la producción fabril en el rubro del vestuario, entre 1910 y 1930. Junto con ello, se analizan los cambios laborales que enfrentaron tanto los sastres como las costureras. Se afirma que en la década de 1920 las sastrerías de Santiago eran un mercado de trabajo competitivo, donde los intereses comerciales habían transformado desde la raíz la naturaleza de oficio especializado del sastre. Desde ese punto de vista, se coloca en perspectiva la situación laboral del sastre y los cambios que enfrenta su oficio con la estandarización paulatina de la confección. Junto con lo anterior, se analiza el trabajo subordinado ejecutado por las costureras, así como la incidencia del trabajo por pieza en una industria que estaba fragmentando la elaboración del vestuario hacia 1930. Considerando información comercial disponible en el periódico *La Nación* de Santiago, consultado entre 1917 y 1932, se explora conjuntamente el negocio de las sastrerías y el cambio laboral así como las jerarquías de género con que funcionó una industria vital para la economía urbana del país en las primeras décadas del siglo XX.

**Palabras clave:** Industria de la confección; Sastrería; Oficio; Costurera.

### Abstract

From the perspective of social history, the article analyzes the tailor shop business and its significance as a workplace within national manufacturing, during the period immediately preceding

the peak of factory-based clothing production, between 1910 and 1930. It also examines the labor changes experienced by both tailors and seamstresses. It is stated that in the 1920s, the tailor shops in Santiago were a competitive job market, where commercial interests had transformed the specialized nature of the tailoring trade. From that point of view, the labor conditions of tailors and the changes that their trade faced due to the gradual standardization of clothing production are put into perspective. Along with the above, the subordinate work performed by seamstresses, as well as the emergence of piecework, are analyzed as part of an industry that was progressively fragmenting the clothing-making process by 1930. Considering advertising and classified ads related to tailor shops in *La Nación* de Santiago newspaper, consulted between 1917 and 1932, the labor shift and the gender hierarchies in a vital industry for the urban economy of the country are explored.

**Keywords:** Garment industry; Tailoring; Craft; Seamstress.

## INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

Aunque el reemplazo de la producción artesanal por otra de carácter industrial suele considerarse un proceso lineal e irreversible, según el avance general de la mecanización, lo cierto es que el rubro de la confección y el vestuario ha demostrado históricamente una realidad ambivalente -incluso en la actualidad- debido a la persistencia de formas de organización del trabajo relacionadas con el subcontrato y el trabajo a domicilio<sup>2</sup>. Este problema ha concitado amplio interés historiográfico, más aún si se considera que, casi de forma universal, este rubro de la producción fue sinónimo de empleo femenino<sup>3</sup>. En ese contexto, nuestro estudio analiza el funcionamiento y segmentación del mercado de trabajo del rubro de la confección, con énfasis en la ciudad de Santiago en las décadas anteriores a la consolidación del régimen fabril. Con esto se propone contribuir a la reflexión sobre la distribución del oficio entre los sastres y las costureras en los talleres de vestuario de Santiago entre 1910 y 1930.

- 
- 1 Este trabajo ha sido patrocinado por el proyecto Juventud Investigadora, DICYT USA21991, Código 032452PS\_JUVI, Vicerrectoría de Investigación, Innovación y Creación. Universidad de Santiago de Chile, USACH.
  - 2 El modelo actual de la industria del vestuario, la incidencia de las empresas multinacionales y un régimen laboral con reminiscencias de las formas de organización decimonónica, en Hale, Angela y Wills, Jane. *Threads of Labour. Garment Industry Supply Chains from the Workers' Perspective*. EE.UU. Blackwell Publishing, 2005. En Latinoamérica, esto se discute en: Green, Nancy L. "Women and Immigrants in the Sweatshop: Categories of Labor Segmentation Revisited". *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 38, N°3, 1996, pp. 411-433; Matta, Andrés y Montero, Jerónimo. *¿Quién hace tu ropa? Estudios sobre la industria de la indumentaria en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2020.
  - 3 Véase: Tilly, Louise y Scott, Joan. *Women, Work & Family*. Nueva York y Londres, Routledge, 1978, cap. 2.

Existe una prolífica historiografía internacional sobre las particularidades del rubro de la confección en la transición del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. De esta producción emergen algunos componentes claves como la difusión de la máquina de coser a pedal y eléctrica, la creación de fábricas de ropa (primero de uniformes) y la consolidación de las primeras grandes tiendas con venta de vestuario estandarizado, así como la modernización más general propiciada por la incipiente sociedad de consumo<sup>4</sup>. No obstante los cambios, los análisis también insisten en la persistente producción desconcentrada del vestuario en diferentes economías urbanas y el predominio del trabajo a destajo de las costureras bajo el *sweated system*<sup>5</sup>. Esta dualidad también ha sido explorada en Latinoamérica, en circunstancias que la primera ola de modernización de las economías urbanas supuso lentos cambios en la organización del trabajo y la convivencia de las primeras fábricas de ropa con un masivo mercado de trabajo a domicilio o por cuenta propia, un rasgo laboral prolongado durante todo el siglo XX en la región<sup>6</sup>.

En Chile, diferentes estudios de historia social han abordado la realidad de la costurera en el marco de una discusión más amplia sobre las condiciones de reproducción de la familia de extracción popular<sup>7</sup> y las difíciles condiciones de vida y trabajo de la mujer obrera<sup>8</sup>, así como su incorporación en el empleo fabril<sup>9</sup>. Gracias a esto, se ha tenido la oportunidad de examinar la

- 
- 4 Véase, entre otros: Godley, Andre. "Selling the Sewing Machine Around the World: Singer's International Marketing Strategies, 1850-1920". *Enterprise & Society*, Vol. 7, N°2, 2006, pp. 266-314; De la Cruz-Fernández, Paula. "Multinationals and Gender: Singer Sewing Machine and Marketing in Mexico, 1890-1930". *The Business History Review*, Vol. 89, N°3, 2015, pp. 531-549. Además, Coffin, Judith. "Credit, Consumption, and Images of Women's Desires: Selling the Sewing Machine in Late Nineteenth-Century France". *French Historical Studies*, Vol. 18, N°3, 1994, pp. 749-783. En Chile, estos elementos han sido examinados en profundidad por Dussaillant, Jacqueline. *Las reinas del Estado. Consumo, grandes tiendas y mujeres en la modernización del comercio de Santiago (1880-1930)*. Santiago, Ediciones UC, 2011, capítulo 3.
  - 5 Sobre dicho sistema de trabajo en el parteaguas de los siglos XIX y XX cabe destacar a: McIntosh, Robert. "Sweated Labour: Female Needleworkers in Industrializing Canada". *Labour/Le Travail*, Vol. 32, 1993, pp. 105-138; Pennington, Shelley y Westover, Belinda. *A Hidden Workforce. Homeworkers in England, 1850-1985*. Londres, Macmillan Education, 1989, capítulo 5; Schiemchen, James. *Sweated Industries and Sweated Labor: The London Clothing Trades, 1860-1914*. Beckenham (Inglaterra), Croom Helm Limited, 1984.
  - 6 Véase a Lavrin, Asunción. *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*. Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2005, p. 77-130.
  - 7 Véase Salazar Vergara, Gabriel. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago, LOM Ediciones, 2000, pp. 315-318; Brito Peña, Alejandra. "Del rancho al conventillo: transformaciones en la identidad popular femenina, Santiago de Chile, 1850-1920". Godoy, Lorena; Hutchison, Elizabeth; Roseblatt, Karin y Zárate, María Soledad (eds.). *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago SUR, CEDEM, 1995, pp. 27-69.
  - 8 Véase a Urriola Pérez, Ivonne. "Espacio, oficio y delitos femeninos: el sector popular de Santiago, 1900-1925". *Historia*, Vol. 32, 1999, pp. 443-483.
  - 9 Véase Godoy, Lorena; Díaz Ximena y Mauro, Amalia. "Imágenes sobre el trabajo femenino en Chile, 1880-2000". *Universum*, N°24, Vol. 2, 2009, pp. 74-93, pp. 77-80; Veneros, Diana y Ortega, Luis. "Trabajo femenino fabril en un contexto de modernización: Una visión de su evolución por provincias. Chile, 1910-1930". *Universum*, Vol. 26, N°1, 2011, pp. 151-168.

informalidad del trabajo femenino, especialmente en el caso de lavanderas, empleadas domésticas y prostitutas. En complemento con estos oficios también figuraron las costureras, las que habrían prosperado al menos hasta 1920 gracias a la comercialización de miles de máquinas de coser en el país, un negocio donde predominó la compañía Singer Sewing Machine Co., como en otros países de Latinoamérica<sup>10</sup>, y que sólo en los años veinte habría importado 75 mil máquinas a través de la venta a plazo<sup>11</sup>. Así, miles de mujeres lograron su sustento a través de su trabajo a domicilio, compatibilizándolo con las actividades domésticas que culturalmente se les asignaba con exclusividad, una de las razones que explican el carácter femenino que alcanzó en el país el trabajo a domicilio<sup>12</sup>.

En ese contexto, interesa explorar la situación laboral predominante en los talleres de sastrería en momentos en que enfrentaban una competencia creciente de las grandes tiendas desde los inicios del siglo XX en Santiago. Recurriendo a los anclajes de la historia social, en la medida en que se conecta con el examen de los efectos del trabajo moderno en la organización de la producción, se sugiere como premisa general que durante la primera posguerra, el rubro de la confección de la capital había consolidado una clara división de *tareas modernas* entre sastres y costureras, una segmentación laboral en la que estas últimas carecieron del estatus y reconocimiento que se atribuyó al oficio de los primeros, distribución desigual que en nuestra óptica fue la base de las deterioradas condiciones de vida de la mujer obrera, tal como se denunció comúnmente en la época. De ahí que se presuma que en las primeras décadas del siglo XX el mercado de trabajo dinamizado por las sastrerías funcionaba con una estricta división de tareas marcada por el género, preludio de la expansión de la organización fabril que en el rubro de la confección de ropa hecha se produjo en la primera etapa del modelo de sustitución de importaciones<sup>13</sup>.

10 Véase a De la Cruz-Fernández. "Multinationals and Gender", pp. 538-539.

11 *La Nación*. Santiago, 30 de junio de 1932. "La Singer Sewing Machine Co. no tenía los datos pedidos por la comisión investigadora", p. 3.

12 Véase a Cerda, Karelía y Rojas, Constanza. "Inserción laboral de mujeres en Iquique durante el siglo del salitre: División sexual del trabajo y relaciones sociales de género (1890-1920)". *Diálogo Andino*, N°65, 2021, pp. 429-445.

13 Aunque Gabriel Salazar advierte que durante el último tercio del siglo XIX comenzaron a tener presencia las grandes tiendas y las primeras fábricas de ropa hecha en el país, destacando, entre otras, la fábrica Mattas o la sombrería Girardi, lo cierto es que el empuje de las grandes empresas en el rubro de la confección se consolidó recién a contar de la década de 1930 con la expansión de diferentes marcas, entre otras, Monarch, Moletto, Caffarena o Johnson. Véase: Salazar, Gabriel. *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, Siglo XIX)*. Santiago, Penguin Random House, 2018, pp. 623-634. La impronta del vestuario "hecho en Chile" desde 1930 ha sido esbozado en: Frías, Patricio; Echeverría, Magdalena; Herrera, Gonzalo y Larraín Christian. *Industria textil y del vestuario en Chile*. Vol. II. *Evolución económica y situación de los trabajadores*. Santiago, Colección de estudios sectoriales PET, Santiago, 1987.

En el transcurso del siglo XIX la producción artesanal, por el avance de la economía capitalista, experimentó cambios significativos, pero no desapareció<sup>14</sup>. Uno de los efectos más directos en el ámbito laboral se relaciona con la fragmentación del trabajo<sup>15</sup>, la difusión de la producción por piezas y el sistema a destajo<sup>16</sup>. En el rubro de la confección, esta transición en las formas de trabajo estuvo fundada en la introducción de las primeras máquinas de coser y, por sobre todo, la capacidad financiera de algunos talleres para producir ropa en serie, un proceso que en Francia se habría manifestado solo desde mediados de la centuria<sup>17</sup>. En las proximidades de Santiago y Valparaíso, así como Buenos Aires, el comienzo de dicha transformación recién se habría originado hacia 1870 y 1880<sup>18</sup>, en circunstancias que cientos de mujeres comenzaron a especializarse en la confección en sus hogares<sup>19</sup> o al interior de talleres de envergadura cada vez mayor. Se trató de un sector artesanal volcado a la satisfacción de los requerimientos de la elite y de la expansión urbana, donde la especialización del trabajo, tanto como las tiendas comerciales desde 1890<sup>20</sup>, se fue consolidando lentamente en la medida que irrumpieron oficios ligados a etapas específicas de la confección: diseño, corte, armado o planchado<sup>21</sup>.

A estos problemas historiográficos se suma este trabajo, ofreciendo un análisis sincrónico, primero de las características del negocio de las sastrerías y, tras ello, las características laborales con que funcionaban hacia 1910 y 1930. A

- 
- 14 Entre otros Berg, Maxine. *La era de las manufacturas 1720-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica*. Barcelona, Editorial Crítica, 1987.
- 15 El estudio de los cambios en la organización del trabajo incluye una vasta literatura teórica e historiográfica, mayor a las posibilidades de este artículo. El texto clásico que abordó con detalle la división del trabajo como factor clave de la degradación secular del oficio en la economía industrial corresponde a Braverman, Harry. *Labor and Monopoly Capital. The Degradation of Work in the Twentieth Century*. Nueva York, Monthly Review Press, 1974, capítulo 3.
- 16 En el ámbito de la historia social existe una larga tradición intelectual que ha examinado este problema desde E. Hobsbawm y E.P. Thompson en adelante. Una síntesis clarificadora en: Romero, Juanjo. *La construcción de la cultura del oficio durante la industrialización*. Barcelona, 1814-1860, Barcelona, Icaria editorial, 2005, introducción. En el ámbito más específico del rubro de la confección, Scott, Joan. "Identidades masculinas y femeninas en el ámbito laboral. La política del trabajo y la familia en la industria parisina del vestido en 1848". Scott, Joan. *Género e historia*. México D.F., Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008, pp. 125-147.
- 17 Véase: Coffin, Judith G. *The Paris Garment Trades 1750-1915*. Nueva Jersey, Princeton University Press, 1996, capítulo 3. Además, Coffin, "Credit, Consumption".
- 18 Véase: Mitidieri, Gabriela. "'Un autómatas de hierro': máquinas de coser, ropa hecha y experiencia de trabajo en la ciudad de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX". *Historia Crítica*, N°82, 2022, pp. 27-49; Salazar, Gabriel. "La mujer del 'bajo pueblo' en Chile: bosquejo histórico". *Proposiciones*, Vol. 21, 1992, pp. 89-107.
- 19 Nari, Marcela. "El trabajo a domicilio y las obreras (1890-1918)". *Razón y Revolución*, N°10, 2002, pp. 1-13.
- 20 Dussaillant, *Las reinas del Estado*, pp. 78-80, y pp. 110-114.
- 21 Sábato, Hilda y Romero, Alberto. "Artesanos, oficiales, operarios: trabajo calificado en Buenos Aires, 1854-1887". Armus, Diego (comp.). *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990, pp. 227-228.

partir de allí se busca comprender la segmentación del trabajo entre los sastres y las costureras<sup>22</sup>, muchas de las cuales participaron en la confección a partir del trabajo a domicilio, tal como lo denunciaron casi simultáneamente, dos jóvenes egresados de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile en la época: Alberto Hurtado Cruchaga y Elena Caffarena Morice<sup>23</sup>.

Considerando lo anterior, se analizan dos problemas íntimamente relacionados con los agentes directos de la producción del vestuario. Se abordan, por un lado, las particularidades del negocio de las sastrerías en la ciudad de Santiago y, por otro, la importancia del género en la forma en que se distribuyó el oficio entre los sastres y las costureras, en el entendido que entre ambos existía una clara segmentación laboral. Como existen escasos estudios específicos sobre los talleres de sastrerías en el comienzo del siglo XX<sup>24</sup>, el análisis que sigue se plantea en términos exploratorios y se propone abordar en términos cualitativos un período especial para las costureras puesto que coincide con la primera disminución estadística de su oficio según los censos de población, en la medida que pasaron de 63.199 en 1920 a 26.964 en 1930<sup>25</sup>.

Para pesquisar los problemas señalados se examina información estadística sobre el rubro de la confección -anuarios industriales-, y se consulta en extenso la publicidad de las sastrerías en el periódico *La Nación* y los anuncios de trabajo (años 1917 y 1930). La publicidad es una indicación clara del proceso de modernización que vive el país en las primeras décadas del siglo XX y su uso en la prensa ha sido utilizado no solo para extraer información sino también para reconocer la forma en que se persuadía a las audiencias<sup>26</sup>. La información recogida sobre las sastrerías se ha procesado para reconocer las características del negocio y sus propietarios, la ubicación de los talleres en la ciudad, el tipo de clientela y la variedad de estrategias de comercialización. Junto con ello, se han compilado los avisos de las ofertas laborales para sastres y costu-

22 Véase: Steedman, Mercedes. "Skill and Gender in the Canadian Clothing Industry, 1890-1940". Heron, Craig y Storey, Robert (eds.). *On the Job. Confronting the Labour Process in Canada*. Kingston y Montreal, McGill-Queen's University Press, 1986, pp. 152-176.

23 Véase: Caffarena, Elena. "El trabajo a domicilio". *Boletín de la Oficina del Trabajo*, año XIV, N°22, 1924, pp. 97-108; Hurtado, Alberto. *El trabajo a domicilio*. Santiago, "El Globo", 1923. Respecto al trabajo de la costurera la bibliografía comprende, entre otros: Hutchison, Elizabeth. *Labores propias de su sexo. Género, política y trabajo en Chile urbano 1900-1930*. Santiago, LOM Ediciones, 2014; DeShazo, Peter. *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile. 1902-1927*. Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2008, capítulo 2; Urriola, "Espacio, oficio y delitos femeninos".

24 Existen dos valiosas propuestas: Dussaillant, *Las reinas del Estado*, capítulo 4, y Rospigliossi, Franco. "Costureras industriales: estudio de las condiciones materiales y representaciones de las trabajadoras industriales de confección y vestuario 1912-1926". Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Chile. Santiago, 2015.

25 Hutchison, Elizabeth. "La historia detrás de las cifras: la evolución del censo chileno y la representación del trabajo femenino, 1895-1930". *Historia*, Vol. 33, 2000, pp. 417-434, p. 431.

26 Dussaillant, *Las reinas del Estado*, pp. 239-240. De la misma autora. "La publicidad para la salud infantil en la prensa chilena (1860-1920)". *Cuadernos de Historia*, Vol. 45, 2016, pp. 107-108.

reras, antecedentes útiles para analizar en clave cualitativa los rasgos atribuidos al oficio y la calificación. Con esta información se infieren las diferencias de género que prevalecieron entre ambos actores y se complejiza sobre la realidad laboral advirtiéndose la impronta de la división de tareas en el trabajo de la confección del vestuario. Se suma a lo anterior, una compilación más amplia de registros noticiosos sobre sastres y costureras, aprovechando prensa obrera y periódicos ligados al rubro de la costura. En último término se han aprovechado algunos documentos comerciales disponibles en el Fondo Conservadores de Bienes de Santiago con los que se hizo una exploración específica sobre los dueños de una sastrería entre 1917 y 1924.

El artículo primero construye una radiografía del negocio de la confección en la ciudad de Santiago, caracterizando a las sastrerías como establecimientos complejos y modernos donde se integran actores con diferente categoría, además de concentrar las primeras fábricas de ropa hecha del país, lo que valida nuestro interés por focalizar en la realidad propia de la capital. En seguida se analiza la condición laboral de dos estratos de sastres diferenciados según se desprende de la publicidad y los avisos laborales recopilados. En último término se examina la situación de las costureras ligadas a los talleres de sastrerías de la ciudad de Santiago, destacándose la aguda división del trabajo con que funcionaba la organización del trabajo.

## **LAS SASTRERÍAS EN EL RUBRO DE LA CONFECCIÓN DE SANTIAGO**

La estadística industrial disponible en el inicio del siglo XX fue elaborada discrecionalmente por la Sociedad de Fomento Fabril y continuada por la Oficina Central de Estadística en 1911, entidad gubernamental que elaboró reportes anuales sobre la base de cuestionarios remitidos voluntariamente por parte de los industriales. Estas son las cifras más confiables para aproximarse a la realidad de los diferentes rubros de la manufactura nacional en la segunda década del siglo, aun cuando ofrecen problemas para interpretar el sector de la confección y vestuario. El censo de 1930 reconocía que “esta industria, que tiene tanta importancia, se puede decir que es casi desconocida para la estadística de la producción, pues de ella no se tienen datos de ninguna especie”; situación comprensible porque “su extrema división hace casi imposible obtenerlos”<sup>27</sup>. Esta característica general es una clave imprescindible para comprender el conjunto de las relaciones laborales de sastres y costureras.

---

27 Dirección General de Estadística. *X Censo de la Población efectuado el 27 de noviembre de 1930*. Vol. III. *Ocupaciones*. Santiago, Imprenta Universo, 1935, p. XXVIII.

El rubro de la confección y el vestuario era -tal como lo es en la actualidad en Latinoamérica<sup>28</sup>- un sector de la manufactura donde predominaba un sistema flexible en el que los talleres más modestos absorbían la incertidumbre de un mercado cambiante que gestionaban los principales establecimientos externalizando su producción<sup>29</sup>. En las primeras décadas del siglo, las sastrerías -dedicadas a elaborar ropa de hombres- y los talleres de moda -especializados en ropa de mujeres-<sup>30</sup> se encontraban en una situación intermedia, dinamizando el conjunto del negocio de la confección al subcontratar a miles de costureras a domicilio. Esto se pone en evidencia en el cuadro N°1 con información de los *Anuarios Industriales* publicados entre 1911 y 1926.

Cuadro N°1. Establecimientos Industriales de Confección y Vestuario en la Provincia de Santiago (1911-1926)

	1911	1912	1913	1915	1916	1917	1919	1920	1921	1922	1923	1926
Total Industrias	1.131	1.232	2.037	694	754	814	844	900	942	995	1.064	1.078
Confección y vestuario	209	232	374	140	144	152	149	159	166	176	187	180
Sastrerías	116	138	213	87	81	79	76	79	81	83	87	92
Moda	38	34	80	15	8	9	13	14	12	14	12	17
Fábricas de ropa hecha	4	5	11	5	8	10	8	10	10	11	11	7

Fuente: *Anuarios Industriales*, años respectivos.

De acuerdo con el *Anuario* de 1911 en el país existían 538 sastrerías, que constituían el 75,6% de los establecimientos del rubro de la confección y ocupaban de 5.129 trabajadores y trabajadoras. Esto representaba el grupo más relevante en el empleo manufacturero del país, seguido por las zapaterías y las imprentas, con 4.433 y 3.835 trabajadores respectivamente. En el décimo lugar se ubicaban las once fábricas de ropa incluidas en el *Anuario* a nivel nacional, en las que se ocupaban a 2.501 operarios y operarias. En el caso de la provincia de Santiago, tal como se aprecia en los datos del cuadro N°1, en 1911 se registraban 116 sastrerías (55,5% de las industrias del rubro de la confección), a las que se sumaban cuatro fábricas de ropa hecha, diecisiete fábricas de camisas y

28 Véase: Whalen, Carmen Teresa. "Sweatshops Here and There: The Garment Industry, Latinas, and Labor Migrations". *International Labor and Working-Class History*, Vol. 61, 2002, pp. 45-68, p. 55; Matta, Andrés y Montero, Jerónimo. *¿Quién hace tu ropa? Estudios sobre la industria de la indumentaria en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2020, capítulo 1.  
29 El concepto ha sido utilizado por McIntosh, "Sweated Labour", p. 111.  
30 Las diferencias entre ambos establecimientos en Dussaillant, *Las reinas del Estado*, pp. 368-374.



dos de corbatas, entre otros establecimientos dedicados a elaborar sombreros, alpargatas o impermeables.

A pesar de su relevancia en el mercado de trabajo, las sastrerías no pasaban de ser talleres de limitado tamaño confirmando las evaluaciones pesimistas sobre el empuje industrial que experimentaba el país en el inicio de la centuria. Promediando 9,5 trabajadores en todo el país, las sastrerías de Santiago, Valparaíso o Concepción funcionaban gracias a la destreza manual de sus cortadores y el trabajo efectuado por las costureras, las cuales constituían el 61,8% de la mano de obra en todas las sastrerías existentes, el verdadero secreto de la producción, dado el escaso número de motores y máquinas en los talleres<sup>31</sup>. La mayor parte de dicho trabajo se externalizaba y era ejecutado por costureras en sus respectivos hogares, tal como lo planteó Alberto Hurtado al ejemplificar que “una sociedad [...] retiraba trabajo de tiendas como Gath & Chaves para entregarlo a estas operarias”<sup>32</sup>, las que se distribuían en la ciudad, motivo por el cual, cientos de costureras realizaban viajes frecuentes entre sus hogares hasta las sastrerías para conseguir algún encargo de ropa de sus patrones.

Las sastrerías desde el siglo XVIII eran centros de trabajo de diseño, corte y costura de ropa a medida de preferencia para hombres. Se trataba de un negocio especializado que dependía del criterio del jefe del taller y del prestigio que alcanzara entre sus clientes<sup>33</sup>. Es probable que este reconocimiento asociado al negocio ayude a comprender la elevada presencia de propietarios de origen extranjero durante las primeras décadas del siglo XX en Chile<sup>34</sup>. Según el *Anuario Industrial* de 1914<sup>35</sup>, en el grupo confección y vestuario 94 de los 146 establecimientos pertenecían a foráneos, es decir el 64%. En el caso de las ocho fábricas de sombreros todas tenían esa procedencia, predominando inmigrantes de Italia y España. En las sastrerías se repetía este fenómeno ya que 70 de 110 establecimientos estaban bajo administración de extranjeros, equivalente al 63,6%. Esta influencia se mantuvo sin mayor alteración si se toman los antecedentes del *Anuario Industrial* de 1919<sup>36</sup>, porque de 224 sastre-

31 Oficina Central de Estadística. *Anuario Estadístico de la República de Chile. Industrias año 1911*. Santiago, Soc. Imp. y Lit. Universo, 1913, p. 87, Cuadro: Resumen General por Industrias.

32 Hurtado, *El trabajo a domicilio*, p. 15.

33 Coffin, *The Paris Garment Trades*, capítulo 1.

34 Conviene destacar que esta ascendencia ha sido discutida en profundidad por Gabriel Salazar y Marcello Carmagnani, quienes advierten que dicha prevalencia se percibe al menos desde mediados del siglo XIX. A propósito de ello, entre los 1.124 establecimientos manufactureros en la provincia de Santiago en 1924, 606 de ellos pertenecían a propietarios de origen extranjero (53,9%). Oficina Central de Estadística. *Anuario Estadístico de la República de Chile*. Santiago, Soc. Imp. y Lit. Universo, 1925, p. 12, Cuadro 5.

35 Oficina Central de Estadística. *Anuario Estadístico de la República de Chile*. Vol. III. *Industrias año 1914*. Santiago, Soc. Imp. y Lit. Universo, 1916, p. XII.

36 Oficina Central de Estadística. *Anuario Estadístico de la República de Chile*. Vol. IX. *Industria Manufacturera año 1919*. Santiago, Soc. Imp. y Lit. Universo, 1920, p. 50, cuadro 17.

rías en el país, 131 eran de propiedad de extranjeros, el 58,4%. Más precisa es la información publicada un año más tarde, donde se consigna que de las 226 sastrerías, 135 pertenecían a inmigrantes (57,7%), entre los cuales figuran 60 españoles, 30 italianos y 13 franceses<sup>37</sup>.

La dilatada presencia foránea en el sector de la confección y vestuario es una característica importante para interpretar las relaciones sociales de la producción y, más específicamente, las relaciones entre los propietarios de las sastrerías más conspicuas, los sastres nacionales y las costureras al interior de cada taller. En parte, porque el oficio de mayor prestigio era resorte exclusivo de hombres, muchos de los cuales eran a su vez especialistas europeos.

En Chile la expansión de las fábricas de ropa hecha y camisas eran una competencia ineludible para las sastrerías hacia 1920, pero estos talleres todavía no estaban condenados a desaparecer. Como lo ha analizado Jacqueline Dussailant, las grandes tiendas -como La Casa Pra, Casa Francesa y, más adelante, Gath & Chaves- controlaban una parte significativa del negocio del vestuario desde fines del siglo XIX en Santiago, ya que sus talleres, con cientos de operarios y operarias "internos" y "a domicilio", abastecían el consumo de la elite y de los grupos medios de la ciudad al introducir sistemas de comercialización agresivos y modernos, basados en el precio fijo<sup>38</sup>. Pero, bajo estas grandes tiendas 1920 seguía con vigencia una multitud de talleres de sastrerías que originaban un activo mercado de trabajo en el que interactuaban sastres, cortadores y miles de costureras.

Para sobrevivir en un mercado competitivo, las sastrerías de mayor prestigio habían dejado atrás cualquier referencia al taller independiente y se habían convertido en establecimientos comerciales complejos. Además de diseñar, cortar y vender prendas a medida, en ellas se realizaban actividades derivadas de la importación de telas y la venta de vestuario con talla uniforme, integrando así la confección tradicional con la venta directa de prendas ya confeccionadas.

La revisión de la publicidad reunida entre 1918 y 1920 pone en evidencia la imprevista comercial con que subsistían las sastrerías ubicadas en el sector central de la capital. En los avisos es frecuente encontrar alusiones a grandes existencias de telas importadas y a la venta de vestuario estandarizado, en complemento a la confección de prendas a medida. Como tiendas comercializaban ca-

37 *Ibidem*, p. 52, cuadro 17.

38 Véase: Dussailant, *Las reinas del Estado*, pp. 279-280. Además, Vergara, Ángela y Orellana, Paola. "Los trabajadores de las grandes tiendas: Gath y Chaves, Chile, 1910-1952." *Claves. Revista de Historia*, Vol. 5, N°8, 2019, pp. 35-65, pp. 41-44.

simires, gabardinas, jersey, terciopelos y una amplia variedad de telas importadas<sup>39</sup>. La presencia de un stock de prendas confeccionadas es especialmente indicadora de la fisonomía que habían asumido estos establecimientos, en los cuales predominaba la comercialización por sobre la “hechura intachable” de un terno. Por eso mismo no sorprende que la publicidad incorporara el crédito como estrategia de negocio, con la que se hacían partícipes del proceso más amplio de modernización del comercio que experimentaba la capital<sup>40</sup>. Resulta necesario profundizar en este rasgo para comprender el marco más general donde se desarrollaron las relaciones laborales de sastres y las costureras.

La venta a plazo, mecanismo habitual con que las familias obreras podían acceder a un sitio en la periferia de la ciudad de Santiago, fue utilizada normalmente por las sastrerías más prominentes para captar la atención del público. La sola existencia de esta modalidad exigía cuantiosos capitales para mantener el flujo de cada negocio y superar de ese modo las fluctuaciones propias del rubro de la confección ante los cambios entre temporada.

La publicidad de las sastrerías destaca de forma reiterada las facilidades de pago -como el sistema de cuotas- aun cuando no siempre declaraba los precios de sus artículos. En 1918 la sastrería London House, de Mauricio Staroselsky y Cía. “avisa[ba] al público” que se podía ordenar “trajes y sobretodos [...] con facilidades de pago”<sup>41</sup>. Pocos días después, otra publicación aclaraba que “con \$30 mensuales se entrega”<sup>42</sup> sin mayor demora un terno escogido por sus clientes. Se trataba de una sastrería importante de la capital, ubicada en la reputada Galería Alessandri. Otras sastrerías de su nivel también aludían a este sistema, como la sastrería New York, ubicada en San Antonio N°50, cuando ofrecía “grandes facilidades de pago”<sup>43</sup>, y el establecimiento de Yépez Hermanos, que promocionaba sus productos advirtiendo que era posible hacer “compras sin necesidad momentánea del dinero equivalente”, ofreciendo “créditos a pagar en 10 mensualidades”<sup>44</sup>. Fórmulas análogas se incrustan en la publicidad de la mayor parte de las sastrerías durante toda la década de 1920, como en La Marina, The British Taylor, The English Style, London House, y Chanut, de modo que no resulta excepcional el caso de la sastrería Berlín, cuando en 1923 ofrecía ternos y sobretodos “con solo \$30 mensuales”<sup>45</sup> o la sastrería Viena que en 1929 hacía

39 A modo de ejemplo, *La Nación*. Santiago, 19 de enero de 1926. “Gran Remate”, p. 22.

40 Véase: Román Carrasco, José; Godoy Catalán, Lorena y Stecher, Antonio. “Talento y ciencia: El trabajo de venta en el marco del proceso de modernización de la actividad comercial en Chile (1890-1930)”. *Historia*, N°55, Vol. II, 2022, pp. 257-301, p. 261.

41 *La Nación*. Santiago, 3 de mayo de 1918. “Sastrería London House”, p. 10.

42 *La Nación*. Santiago, 2 de junio de 1918. “Sastrería London House”, p. 10.

43 *La Nación*. Santiago, 18 de enero de 1920. “Sastrería New York”, p. 12.

44 *La Nación*. Santiago, 8 de junio de 1920. “Sastrería Yépez Hnos”, p. 6.

45 *La Nación*. Santiago, 15 de junio de 1923. “Sastrería Berlín”, p. 21.

lo propio asegurando “grandes facilidades de pago”<sup>46</sup>.

La práctica de la venta a plazo -seis meses- es un buen indicador del carácter comercial que predominaba en el conjunto de las principales sastrerías de la capital, lo que se aprecia con más detalle en el caso particular de la sastrería London House. El origen de este establecimiento data de 1917 gracias a los 27.100 pesos invertidos por la sociedad de Aaron Lerner y Mauricio Staroselsky, el primero de los cuales abandonó el negocio en 1920 después de recibir del segundo 54.790 pesos. A partir de allí el establecimiento siguió por otros cuatro años, hasta que Staroselsky vendió a la sociedad Simon Volokinskay y Cía. por un valor total de 76.561 pesos. Además del incremento del valor del establecimiento, el detalle más significativo en la transacción estaba en que casi la mitad del valor correspondía a ventas a plazo sin cobrar. Por ese simple motivo, Staroselsky, quien seguramente pasaba por un difícil trance económico, aceptó que la nueva sociedad se hiciera cargo de sus deudas por una cifra superior a 30.000 pesos y recibió una transferencia en efectivo solo por un poco más de 10.000 pesos<sup>47</sup>.

La extensión del crédito generó a su vez problemas de cobranza, como lo ilustra la publicidad de la sastrería Cardone Hermanos en 1923, que advertía públicamente a sus clientes morosos que, de no regularizar sus cuentas en 30 días, “a todos los deudores morosos se sirvan pasar a cancelar sus cuentas en el plazo de 30 días, a contar de la fecha, de lo contrario publicaremos sus nombres en la prensa”<sup>48</sup>. El problema de la cobranza, a su vez explica el origen de otro anuncio perteneciente a la sastrería Nueva York, que en 1928 buscaba un nuevo cobrador para su tienda<sup>49</sup>, lo que también está implícito en el aviso de la sastrería Eduardo López donde se señalaba “al público que ha dejado de ser nuestro cobrador el señor Alberto de la Cuadra”<sup>50</sup>.

La venta a plazo y la contratación de cobradores denotan que algunas de las sastrerías de la capital en la década de 1920 eran negocios complejos, diferenciables con los talleres de confección basados en la actividad de un sastre independiente. Se trataba de negocios donde se necesitaba acceso a capitales crecientes y capacidades para gestionar la acumulación de inventario por cambios de temporada, la cobranza de deudas contraídas por la clientela y una

46 *La Nación*. Santiago, 3 de marzo de 1929. “Sastrería Vienesá”, p. 36.

47 Los antecedentes en: Archivo Nacional de la Administración (en adelante ARNAD), Fondo Conservadores de Santiago, Vol. 381, 16 de octubre de 1917, p. 660 y 660v; Vol. 428, 20 de febrero de 1920, pp. 266-269, y Vol. 3149, 13 de junio de 1924, pp. 435v, 436 y 436v.

48 *La Nación*. Santiago, 18 de junio de 1923. “Atención”, p. 3.

49 *La Nación*. Santiago, 14 de julio de 1928. “Empleados particulares (buscados y ofrecidos)”, p. 24.

50 *La Nación*. Santiago, 4 de agosto de 1928. “Sastrería Eduardo López Z.”, p. 2.

organización laboral heterogénea. Estos componentes están implícitos en un aviso de la sastrería José Gherardi donde se hacía presente que “en vista de tener un gran Stock de mercaderías inglesas, compradas antes de la guerra, ofrece ternos y sobretodos sobremedida, por la módica suma de \$140”<sup>51</sup>.

Ahora bien, la ampliación de los intereses comerciales en las sastrerías más reconocidas y que se ubicaban en el radio céntrico de la capital no fue una realidad común a todas y cada una de las sastrerías existentes. La estadística reconoció con claridad un segmento de menor escala en el negocio, clasificado como “pequeños establecimientos y talleres”. En el *Anuario Industrial* de 1914 este grupo estaba integrado por 259 sastrerías y 93 talleres de moda en todo el país. En la provincia de Santiago, se ubicaban 55 sastrerías y 42 talleres, donde se ocupaban 353 y 169 trabajadores respectivamente.

Estos talleres participaban de un rango menor del negocio de la confección porque en ellos el sastre independiente seguía siendo el eje de su actividad, en compañía de un número reducido operarias en calidad de asistentes. En este nivel las sastrerías adquirían las telas en el comercio local y de acuerdo a los pedidos que recibían en forma aleatoria. En tales condiciones, se trataba de negocios con menos capitales y con capacidad limitada para realizar “grandes encargos”, por lo mismo se ubicaban en áreas ajenas al comercio más conspicuo de la ciudad, en el eje de la avenida Matta, San Pablo, Bascuñán Guerrero o Matucana. Todos ellos eran sectores de alto flujo de población y donde los arriendos de los locales eran más accesibles, condición necesaria para vender sus artículos a precios más económicos. Un ejemplo recurrente en la publicidad era el caso de la sastrería Santa Elena, con establecimiento en San Diego N°245 y perteneciente a la sociedad Fabian Faivovich e hijos, la cual vendía “con un 15 por ciento más barato que las sastrerías del centro”<sup>52</sup>, permitiendo que sus ternos se compraran por cuotas mensuales de tan solo \$20 en 1920. El énfasis en un precio económico también fue destacado por la sastrería J.L. Poblete, con taller en San Diego N°1356, que “vende a precio de contado los ternos y abrigos dándolos a plazo”<sup>53</sup>. La Elegancia, ubicada en San Diego N°1638 a mediados de 1928, destacaba una rebaja de 40% “del precio de dos abrigos contra gripe y bronconeumonía”<sup>54</sup>, así como su homóloga, La Vienesita, que con su establecimiento en una casa particular en calle Catedral N°1361, podía “tener menos gastos que en el centro”<sup>55</sup> para ofrecer precios más bajos.

51 *La Nación*. Santiago, 29 de mayo de 1920. “Sastrería José Gherardi”, p. 14.

52 *La Nación*. Santiago, 4 de julio de 1918. “Sastrería Santa Elena”, p. 10.

53 *La Nación*. Santiago, 12 de mayo de 1923. “Sastrería J.L. Poblete”, p. 15.

54 *La Nación*, Santiago, 4 de junio de 1928. “La sastrería la Elegancia”, p. 45.

55 *La Nación*. Santiago, 25 de abril de 1929. “Sastrería Vienesita”, p. 24.

Las publicaciones de todas estas sastrerías no solo eran más pequeñas y se integran en las páginas finales del periódico *La Nación*, sino también se dirigían a un público radicalmente diferente al que propiciaban las tiendas ubicadas en las calles Estado, Bandera o Ahumada, porque se trataba de establecimientos de confección de segunda o tercera clase.

Considerada la importancia de las ventas a plazo en el rubro de las sastrerías, el verdadero secreto con que hicieron frente a la competencia de las grandes tiendas o *store* de la época, resulta interesante destacar una modalidad más específica de comercialización. Se trata del sistema de polla que se infiere de la publicidad analizada especialmente entre 1919 y 1920, con escasa presencia en los registros después de 1923. Según este modelo, un agente se ocupaba de reunir entre 130 y 140 interesados en pagar una cuota de \$5 cada semana, para participar de un sorteo realizado casi siempre en las mañanas de los días sábados.

La amplia participación en estos sorteos, ajena a cualquier reglamentación municipal, da cuenta de la confianza que las sastrerías generaban entre sus clientes. Al mismo tiempo, revela la importancia social de uno de los artículos más valorados que ofrecían estos establecimientos, con independencia de su categoría y ubicación en la ciudad: el terno de casimir. Era una prenda imperiosa tanto entre empleados de los diferentes servicios como entre los segmentos de mejores ingresos de la clase obrera, igualmente interesados en proyectar respetabilidad en las sociedades mutuales y centros culturales donde participaban.

A fines de julio de 1920, solo a modo de ejemplo, la sastrería New London House, de la sociedad Olmedo y Kleiman, con establecimiento en el pasaje Balmaceda N°5, tenía en funcionamiento 12 “clubes de ternos”. El séptimo de ellos ya celebraba el sorteo N°38<sup>56</sup>, lo que suponía que al menos 140 miembros del club venían pagando su cuota por el mismo número de semanas. En suma, era un negocio atractivo para los dueños de cada sastrería sobre todo por la competencia que realizaban las grandes tiendas desde el inicio del siglo XX. Esta modalidad de venta es especialmente interesante porque sugiere que los dueños de sastrerías innovaron en sus estrategias comerciales y en la práctica ampliaron el radio de su influencia. De hecho, la publicación de los resultados de cada sorteo permite observar que numerosos afortunados de estos sorteos tenían residencia en avenida Matta, San Diego, Santa Rosa o la población Huemul, distrito sur de la capital, reconocida por su carácter obrero.

---

56 *La Nación*. Santiago, 25 de julio de 1920. “Sastrería New London House”, p. 2.

## UN OFICIO EN ENCRUCIJADA: DE SASTRE A CORTADOR

El número de sastrerías registrado en la estadística de la provincia de Santiago hasta 1926 constituye solo una referencia aproximada de la cantidad de talleres de confección y vestuario existentes en la capital en las décadas de 1910 y 1920. Tras este registro formal se encuentran negocios informales que subsistían gracias a sus interconexiones con otros de mayor reputación. En ambos segmentos del negocio, los sastres intentaron defender el valor de su destreza frente a la impronta comercial que habían adquirido las principales sastrerías y el paulatino crecimiento de las fábricas de ropa hecha. Ambos procesos restringieron, en el mediano plazo, el papel central del sastre en tanto trabajador calificado, y asimilaron su situación a la de la mayor parte de la clase obrera de la ciudad.

El deterioro de la condición laboral del sastre no fue una tendencia homogénea para todos. Como ya está sugerido, existían dos realidades paralelas en el gremio según el tipo de taller. En una posición de privilegio se encontraba un selecto grupo de cortadores quienes contaban con alto reconocimiento por sus confecciones.

La dimensión profesional del oficio de sastre se encuentra transversalmente en las diferentes fuentes, tanto en la publicidad y los avisos de *La Nación*, como en el resto de las publicaciones consultadas, incluso en la revista perteneciente a los dueños de sastrerías de la capital, *El Arte de Vestir*, editada a fines de la década de 1930<sup>57</sup>.

Para garantizar un trabajo sin mácula los talleres más celebrados de la capital incorporaron un antecedente clave en su publicidad, relacionado con la trayectoria de los responsables de sus artículos. A pocos días de una nueva celebración de fiestas patrias, la sastrería New York, en 1920, aclaraba que en su taller había un “cortador recién llegado de New York, diplomado y con muchos años de práctica”, profesional adecuado para ejecutar “los cortes más elegantes y de última moda”<sup>58</sup>. Todavía más explícito fue el anuncio del sastre Samuel Bringeissen con local en Carmen N°50, al afirmar que él era un:

“verdadero profesional de escuela y no un aficionado más o menos práctico [...que contaba con] “diplomado en París y Londres” [otorgado por el] “famoso estudio de Roussel de la rue-du-Boriols, bien conocido por nuestros elegantes que han vivido en París”<sup>59</sup>.

57 *El Arte de Vestir*. Santiago, 15 de octubre de 1938. “El cortador ideal”, p. 6.

58 *La Nación*. Santiago, 5 de septiembre de 1920. “Sastrería New York”, p. 28.

59 *La Nación*. Santiago, 20 de mayo de 1923. “Elegancia masculina”, p. 13.

El reconocimiento de estas credenciales profesionales, obtenidas en el exterior, es representativa de la parte más elevada del mercado de trabajo de las sastrerías en la ciudad de Santiago. Se trataba de cortadores expertos que se habían ganado la respetabilidad entre sus propios clientes. Por eso, algunos de ellos informaron explícitamente de sus cambios laborales con la expectativa cierta de que sus clientes los seguirían a otros talleres. Es lo que sugiere el anuncio de Tarantino y Castro, ubicado en Estado N°110 al destacar que era una sociedad de “ex jefes de Gath y Chaves”<sup>60</sup>. El caso de Rudencindo Cortés Monroy es aún más explícito cuando “avisa a su distinguida clientela y amigos que ha dejado de pertenecer a la Casa de los señores Yépez Hnos. y tiene el agrado de atenderlos en la gran sastrería de lujo The Union Club donde forma parte de la sociedad”<sup>61</sup>. Esta insinuación también se aprecia en el caso de la sastrería Le Grand Chic (una de las principales lavanderías de la ciudad) al señalar que era “atendida por el competente profesional señor Rafael Vergara, ex cortador de las sastrerías Errázuriz Sullivan y H. Bousiguez”<sup>62</sup>.

La acreditación profesional y el reconocimiento alcanzado por algunos sastres entre los talleres más relevantes de la capital, constituyen solo una parte de los trabajadores del rubro de la confección. Más abajo de ellos, se encontraba una mayoría de sastres prácticos. Las condiciones laborales de estos cortadores son difíciles de pesquisar. Por eso resulta interesante la carta enviada por el sastre Felipe Sainz a la Inspección General del Trabajo en 1932, donde pedía aclarar si se convertía en empleado en caso de aceptar una oferta de trabajo donde se le ofrecía un pago de \$10 por cada traje a medida “que corte, pruebe y entregue en conformidad al cliente”<sup>63</sup>. En efecto, el pago por obra hecha era la situación más frecuente de aquellos sastres que se ubicaban en talleres de menor valía o bajo la dependencia de un cortador principal. Y allí radicaba la distancia que podía existir con alternativas laborales de mejor perspectiva como la sugerida antes, en el aviso del sastre Rudencindo Cortés cuando informaba que su traslado a otra sastrería de lujo era para formar “parte de la sociedad”. En 1930 era lo ofrecido por la sastrería La Castellana, de La Serena, cuando buscaba un cortador que “se le tomaría como socio con un 45% de participación en las utilidades”<sup>64</sup>.

La participación en una sociedad era sinónimo de autonomía en el taller y debió ser la ventaja más importante a la que podía acceder un sastre hacia 1920.

60 *La Nación*. Santiago, 17 de noviembre de 1918. “Tarantino y Castro”, p. 22.

61 *La Nación*. Santiago, 24 de noviembre de 1918. “Rudencindo Cortés Monroy”, p. 8.

62 *La Nación*. Santiago, 8 de junio de 1932. “Sastrería Le Grand Chic”, p. 5.

63 Carta de sastre Felipe Sainz a la Inspección General del Trabajo. Santiago, 26 de octubre de 1932. ARNAD, Dirección del Trabajo, Vol. 308, providencia 5.764, s.f.

64 *La Nación*. Santiago, 29 de junio de 1930. “Cortador sastre”, p. 12.



Significaba que un sastre además de aportar su trabajo participaba en las utilidades del negocio, una alternativa diferente a la propuesta recibida por Felipe Sainz, puesto que en 1932 su integración a una tienda de Concepción, no solo implicaba su traslado desde Santiago, sino también exclusividad en su oficio: “otra condición esencial que [se] estipularía en el contrato es de que se compromete exclusivamente a trabajar en la tienda, no pudiendo hacer trabajos en su casa”<sup>65</sup>. Era una restricción gravosa para quien se considera profesional, porque sabía que con pocas herramientas tenía la posibilidad de confeccionar un terno a medida de forma independiente.

El pago por pieza es el principal indicador para dar cuenta de la situación laboral que enfrentaban los sastres hacia 1920, en circunstancia que la mayoría de ellos recibían encargos según la distribución realizada por los dueños de los talleres. La dificultad estaba en que estos encargos eran intermitentes y no siempre sus precios se ajustaban a la crisis económica general, el alza de los alimentos o la creciente importancia del comercio de ropa estandarizada, tendencias que afectaban su trabajo como especialistas.

En ese escenario, en 1917, se formó la Federación de Sastres y Ramos Similares de ambos Sexos, en Valparaíso y Santiago<sup>66</sup>, que en términos orgánicos cultivó una intensa sociabilidad entroncada con los rasgos propios del mutualismo democrático de la época<sup>67</sup> y que se expresó en la realización de asambleas, fiestas, asistencia ante deceso de sus miembros, paseos a las afueras de la ciudad e incluso gestiones preliminares para construir su propia población modelo<sup>68</sup>. Gracias a estas iniciativas, la federación logró concitar el apoyo de cientos de sastres y costureras y, a poco de su formación, en 1920, impulsar una gran huelga. Durante casi veinte días<sup>69</sup>, en el mes de mayo, primero en Valparaíso y después en Santiago, los representantes de la federación mantuvieron lo que constituye la mayor expresión colectiva del gremio durante todo el período de

65 Carta de M. Brouwers a sastre Felipe Sainz. Santiago, 26 de octubre de 1932. ARNAD, Dirección del Trabajo, Vol. 308, providencia 5.764, s.f.

66 Algunas referencias sobre el origen de este gremio en: *Federación Obrera*. Santiago, 23 de octubre de 1922. “Sección sastres”, p. 4; *La Aguja*. Valparaíso, 3 de diciembre de 1924. “El próximo Congreso de sastres”, p. 1.

67 Venegas Espinoza, Fernando. “Mutualismo y economía social solidaria. Chile, 1910-1930”. *Cuadernos de Historia*, Vol. 57, 2022, pp. 309-353, pp. 313 y 317.

68 Véase, entre otros: *La Nación*. Santiago, 15 de noviembre de 1925. “Federación de sastres de ambos sexos”, p. 37; *La Nación*. Santiago, 27 de noviembre de 1925, “Federación de sastres de ambos sexos”, p. 17; y *La Nación*. Santiago, 13 de agosto de 1927, “Mañana se reúne la federación de sastres”, p. 20.

69 Sobre la huelga: *El Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, 4 de mayo de 1920. “Sociabilidad obrera”, p. 9; *El Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, 9 de mayo de 1920. “La huelga del gremio de sastres”, p. 11; *La Nación*. Santiago, 14 de mayo de 1920. “La huelga de sastres”, p. 12; *El Mercurio*. Santiago, 15 de mayo de 1920. “Se soluciona la huelga de sastres”, p. 19; *El Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, 16 de mayo de 1920. “La huelga de sastres”, p. 13; *La Nación*. Santiago, 17 de mayo de 1920. “Ecos de la huelga de sastres”, p. 10.

este estudio. Una organización que logró actualizar las tarifas pagadas por los talleres<sup>70</sup>, un instrumento de regulación de las tarifas que se habría acordado por primera vez en 1861<sup>71</sup>.

En esta movilización participaron todos quienes se ubicaban en una posición subordinada al interior de las sastrerías, en el caso de Valparaíso, 64 talleres, 16 de primera categoría, 30 de segunda y 18 de tercera<sup>72</sup>. No resulta sencillo conocer cada una de las experiencias que la impulsaron, pero sí se puede decir que concitó amplio interés a juzgar por algunas asambleas permanentes que se realizaron durante el conflicto. Fue todo un hito por el carácter atomizado de los talleres y la reconocida división al interior del propio gremio entre los talleres. De hecho, los propietarios de las sastrerías de tercera categoría fueron los más reacios a aceptar el aumento de las tarifas y una de las principales razones por la que se orquestó una campaña de los sastres de segunda y tercera categoría para “traer sus trabajos a la secretaría para ir en masa a devolverlos a las sastrerías”<sup>73</sup>.

La articulación de la federación respondía a la capa de los sastres autodidactas, sin acceso a las certificaciones europeas que dictaban la moda en las principales tiendas. Parte de lo que estaban experimentando en el interior de estos negocios lo representa uno de los acuerdos tomados por la junta general de la organización en abril 1918: “enviar una nota-protesta al cortador jefe de la sastrería Simon y Cía., Mr. Macluín, por su actitud insólita y arbitraria mani-fieta con algunos operarios”<sup>74</sup>. Otra denuncia incluida en *La Aguja* aunque aludía a una sastrería de Curicó en 1924, apuntaba a un problema habitual: el desahucio intempestivo “por el solo hecho de no acceder a que dos compañeros rindieran un trabajo superior a sus fuerzas”<sup>75</sup>. Fue, básicamente, porque en ocasiones, los trajes eran recibidos con extrema urgencia por lo cual lo que se transaba era el tiempo exacto con que se entregaba la pieza lista para ser utilizada. Esto debió ser especialmente importante para los sastres independientes que igualmente se integraron a la federación<sup>76</sup>.

70 *El Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, 16 de mayo de 1920. “La huelga del comité directivo”, p. 13.

71 Grez Toso, Sergio. *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1998, p. 472.

72 *El Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, 16 de mayo de 1920, “La huelga del comité directivo”, p. 13.

73 *La Nación*. Santiago, 12 de mayo de 1920. “Sastres”, p. 10.

74 *La Nación*. Santiago, 14 de abril de 1918. “Federación de sastres”, p. 21. El uso de cursivas en nuestro.

75 *La Aguja*. Valparaíso, 3 de diciembre de 1924. “El boycott a la sastrería de Salvador Bianchini en Curicó”, p. 3.

76 *La Nación*. Santiago, 18 de enero de 1920. “Sociabilidad obrera”, p. 19.

El problema del tiempo en la confección se apreciaba en la publicación de la sastrería La Artesana, ubicada en Delicias N°2892, cuando aseveraba hacer “ternos de luto sobre medida en 24 horas”<sup>77</sup>, o lo indicado por la sastrería Francesa, con establecimiento en Bascuñán Guerrero N°19, al celebrar que había entregado un traje a medida en “4 horas y 17 minutos”<sup>78</sup>. Lo insólito de este logro no puede pasar por alto el trabajo competente del sastre y de las dificultades que entrañaba. Así lo revela icónicamente *La Aguja* en un diálogo en el que un operario se excedió en una hora en la entrega pactada con su patrón:

“Patrón.- ¡Caramba!... me ha hecho perder el cliente; ¡ya se fue a la estación y me dejó clavado con el terno!!!

Operario.- Pero... señor...

Patrón.- ¡No le doy más trabajo! ¡Si fuera otro ni le pagaba su trabajo!

A las 2 de la tarde, después de abrir la tienda.

Cliente.- ¿Me tiene el terno?

Patrón.- Ya está listo, señor, pase a probarlo. [...] Ya ve Ud. que en mi tienda se cumple”<sup>79</sup>.

La exigencia en los plazos de trabajo, según lo denunció Elena Caffarena a mediados de la década de 1920, era un problema recurrente en el rubro de la aguja<sup>80</sup>. Era lo denunciado en el diálogo transcrito al poner en evidencia las arbitrariedades impuestas por el dueño de la tienda y su capacidad para aplicar descuentos en las tarifas acordadas. Cuando un sastre entregaba una prenda debía consentir simultáneamente los requerimientos del patrón, el jefe de taller y el cliente, si quería conseguir nuevos encargos. En eso había una dificultad, porque los patrones añadían por el mismo precio “cuatro bolsillos por dentro y tres por fuera, uno chiquito adentro del grande de afuera del lado dentro, bastillado, ojal doble bolsillo en jénero por dentro, etc., etc.” cambios que alteraban una pieza que en principio era “sencillísima”<sup>81</sup>.

Ahora bien, las tratativas sobre las características intrínsecas de cada pieza no eran los únicos inconvenientes que debían abordar con frecuencia los sastres. A ello se suma una tendencia más compleja, relacionada con el crecimiento de un nuevo modelo de comercialización y producción del vestuario, tal como lo venían desarrollando las primeras grandes tiendas desde el inicio del siglo. Frente a ello, la experiencia laboral de los sastres estaba en una encrucijada in-

77 *La Nación*. Santiago, 2 de junio de 1918. “Sastrería La Artesana”, p. 10.

78 *La Nación*. Santiago, 6 de junio de 1930. “Sastrería Francesa”, p. 18.

79 *La Aguja*. Valparaíso, 3 de diciembre de 1924. “Lo de siempre”, p. 6.

80 Caffarena, “El trabajo a domicilio”, p. 100.

81 *La Aguja*. Valparaíso, 20 de diciembre de 1924. “Lo de siempre”, p. 6.

maneja porque implicaba la disminución general de la confección de piezas únicas. Los avisos económicos recopilados en *La Nación* ayudan a visibilizar esa realidad en una gama amplia de tiendas de ropa en Santiago.

En abril de 1920, en la sección ocupaciones se puede leer: “sastres obra grande, muy competentes, pago muy buenos precios, *presentar muestras*. Moneda N°884”. Esta indicación también se lee en el aviso de la “Sastrería Poblete, San Diego N°1356. Necesito buenos operarios y operarias de *obra grande*”<sup>82</sup>. Se suma otro aviso perteneciente a la sastrería Errázuriz Sullivan, con tienda en calle Bandera, donde se precisaba “operario de obra grande con muestra se necesita”<sup>83</sup>, expresión corriente que igual se utiliza en el anuncio de otro establecimiento de Agustinas en 1927 al requerir “operarios obra grande”<sup>84</sup>. A todas estas tiendas, se suman los avisos más recurrentes de las grandes tiendas, como el inserto por la Casa Francesa, una de las principales de la capital con un taller de sastrería que hacia 1915 contaba con varios cientos de operarios y operarias<sup>85</sup>.

Cada vez que en los anuncios laborales se hacía alusión a las “obras grandes”, se proyecta un nuevo modelo de negocio, donde el sastre calificado y con reputación devenía en cortador de piezas cada vez más estandarizadas. Aunque en lo inmediato estas ofertas laborales eran una opción razonable para conseguir sustento, en el mediano plazo se estaba frente a una realidad cualitativamente distinta al ejercicio profesional que alguna vez predominó en las sastrerías. Las obras grandes imponían un ritmo de trabajo más frenético y ponía al sastre en un trance en que se reducía su calificación, transformándose en oficial cortador. Lo interesante de los anuncios aludidos, es que ese cambio en las condiciones de trabajo no era exclusivo de las grandes tiendas -Casa Francesa, Falabella o Gath y Chaves por ejemplo<sup>86</sup>- o de las fábricas de ropa, sino una realidad cada vez más frecuente entre tiendas de menor tamaño. Esto es patente cuando la publicidad de las sastrerías informa -sobre todo en marzo y abril de cada año- de la disponibilidad de prendas de uniformes para estudiantes y niños, o cuando la sastrería La Polar, con su establecimiento en Delicias N°2812, llamaba a su público a concurrir a “una extraordinaria liquidación” de

82 *La Nación*. Santiago, 25 de abril de 1920. “Ocupaciones”, p. 28.

83 *La Nación*. Santiago, 3 de junio de 1924. “Sastrería Errázuriz Sullivan”, p. 3.

84 *La Nación*. Santiago, 6 de abril de 1927. “Costureras, sastres y modistas”, p. 27.

85 “Los talleres del establecimiento están situados en la calle Olivares y comprenden las secciones de sastrería para caballeros, con 250 operarios; trajes para niños con 200 operarios; camisas, con 60; traje y vestidos para señoras, con 100; y sección de cobertores acolchados con 50 operarios. La maquinaria de estas secciones es norteamericana”. Cita en Lloyd, Reginald. *Impresiones de la República de Chile en el siglo veinte: historia, gente, comercio, industria y riqueza*. Londres, Editorial Truscott & Sons Ltda., 1915, p. 297.

86 Véase, como ejemplo *La Nación*. Santiago, 23 de abril de 1927. “Sastres, modistas y costureras”, p. 22.

sus “artículos para Caballeros” en 1925, un amplio catálogo de “ternos en muy buen casimir y corte de gran moda” al precio único de 150 pesos<sup>87</sup>. El anuncio de la sastrería La Gran Vía, ubicada en Puente esquina San Pablo, es igual de claro cuando en 1927 invitó a su público con “precios fuera de toda competencia [de] un extenso surtido en abrigos para señoras, caballeros y niños. Ropa hecha y sobre medida”<sup>88</sup>.

La disponibilidad de grandes cantidades de uniformes, ternos o abrigos daba por descontado que el trabajo del sastre había consistido en el corte de piezas iguales en una misma jornada de trabajo y que la hechura de la misma se simplificaba. Por eso los avisos de sastrerías que aluden a las “obras grandes” anunciaban un contexto laboral al que debieron acomodarse los sastres, en circunstancias que muchos de ellos estaban dejando de medir y confeccionar prendas únicas en la misma proporción que asumían que una parte del negocio privilegiaba la venta de ropa confeccionada.

Desde ese punto de vista, las denuncias más inmediatas que concitó el interés del gremio de los sastres sobre las tarifas, el tiempo de trabajo o las multas, se pueden inscribir en un proceso más crudo e irreversible en el que las nuevas estrategias de comercialización, en la medida que aumentaban los volúmenes de venta, cambiaban las condiciones de su actividad porque exigían tareas cada vez más estandarizadas. Quizás por ese motivo las principales sastrerías de la ciudad de Santiago no tuvieron mayores inconvenientes en aceptar tras algunos días de movilizaciones el tarifado único con la Federación de Sastres de Ambos Sexos en el mes de mayo de 1920, una posición que cuestionaron abiertamente las sastrerías de segunda y tercera clase de la época, quejándose que no tenían condiciones para elevar el 20% las tarifas pactadas con sus trabajadores<sup>89</sup>.

## ¿UN OFICIO SIN CUALIFICACIÓN? LA DIVISIÓN DE TAREAS EN LA COSTURA

Si en el mediano plazo los sastres estaban en crecientes problemas laborales ante el incremento paulatino de la producción fabril de ropa y la estandarización progresiva de las prendas comercializadas en el país, no menos problemática era la situación que les deparaba a las costureras, la mayor parte de las cuales se ocupaba por tiempo parcial y en forma intermitente en la confección de ropa para la clase obrera.

87 *La Nación*. Santiago, 9 de agosto de 1925. “Sastrería La Polar”, p. 26.

88 *La Nación*. Santiago, 17 de mayo de 1927, “Sastrería La Gran Vía”, p. 6.

89 Véase: *El Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, 5 de mayo de 1920. “La huelga de sastres”, p. 9.

A diferencia de las escasas referencias bibliográficas que existen sobre las sastreías y los sastres, los análisis sobre el papel de las costureras en la economía doméstica entre 1880 y 1920 son bastante mayor<sup>90</sup>. De hecho, su importancia fue examinada por diferentes observadores de la época<sup>91</sup> y representantes obreras del gremio de la aguja -Esther Valdés- durante la primera década de la centuria<sup>92</sup>. Gracias a ello cabe advertir que las costureras fueron uno de los sectores del trabajo más precarizados durante la cuestión social por su asociación con talleres oscuros e insalubres -epicentros de enfermedades como la tuberculosis-, así como con salarios ínfimos que eran sinónimo de prolongadas jornadas de trabajo.

De acuerdo con Alberto Hurtado, en 1923, esta situación obedecía a la cantidad de costureras<sup>93</sup>, incomparablemente mayor que el número de sastres, de modo que fue la enorme competencia por obtener un encargo de los talleres una de las razones fundamentales de las magras condiciones laborales. A esto se suman otros factores, no menos relevantes, como el uso de contratistas por parte de algunas tiendas, intermediarios que distribuían, según el mismo autor, a precios rebajados el trabajo entre las costureras a domicilio<sup>94</sup>.

Ahora bien, la precaria situación laboral de las costureras en el interior de los talleres o en sus hogares, no significa que su actividad careciera de cualificación. Aunque suele considerarse un trabajo sencillo, sobre todo después de la introducción de las máquinas de coser desde mediados del siglo XIX, la costura exigía rapidez, precisión y experiencia en el uso de la máquina<sup>95</sup> atributos con los que muchas trabajadoras consiguieron reconocimiento en su actividad.

El Censo de población de 1920, según explica Elizabeth Hutchison, ofrece dificultades para rastrear dichos grados de competencia entre las costureras<sup>96</sup>. En las instrucciones de dicho censo se adoptó una formulación sintética para agrupar las profesiones con el propósito de “abreviar, en lo posible, la nómina de profesiones o medios de vida”<sup>97</sup>. Debido a esto, en el oficio de sastre se

90 Entre otros: Brito, “Del rancho al conventillo” pp. 50-53. Más recientemente, Cerda y Rojas, “Inserción laboral de mujeres”.

91 Véase: Errázuriz Tagle, Jorge y Eyzaguirre Rouse, Guillermo. *Monografía de una familia obrera*. Estudio introductorio de Simón Castillo. Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2018.

92 Hutchison, *Labores propias de su sexo*, capítulo 4.

93 Hurtado, *El trabajo a domicilio*, p. 18.

94 Hurtado, *El trabajo a domicilio*, p. 19.

95 Sobre este punto, véase: de Groot, Gerjan y Schrover, Marlou (eds.). *Women Workers and Technological Change in Europe in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. Bristol, Taylor & Francis, 1995, cap. 1, pp. 8-9.

96 Véase: Hutchison, Elizabeth. “La historia detrás de las cifras”, p. 431. Un punto de vista alternativo en: Dussaillant, *Las reinas del Estado*, pp. 369-371.

97 Dirección General de Estadística. *Censo de Población de la República de Chile levantado el 15 de diciembre de 1920*. Santiago, Soc. Imp. y Litografía Universo, 1925, p. XXVIII.

integraron corbateros, chalequeros y pantaloneros, mientras que en el oficio de costurero se incluyó a corseteros, camiseros y zurcidores<sup>98</sup>. Por esta razón la nómina resultante de profesiones es menos extensa que la publicado en el censo de 1895. Este cambio en el registro, según Rosa Gálvez y Thelma Bravo, hace patente la suposición oficial de que las diferencias entre las profesiones no eran tales en la realidad<sup>99</sup>.

Sin embargo, esta homogeneización del trabajo de la costura contraviene expresamente la información recopilada en los avisos económicos de *La Nación*, ya que la costumbre era reclutar a las costureras según su capacidad para elaborar productos específicos.

En la mayoría de las ofertas se hacía presente, como se lee en un anuncio de la Sastrería Lozano de 1926, “vestoneros o vestoneras necesita muy competentes con muestra y recomendación. Trabajo de primera”<sup>100</sup>. O, como lo requería otro taller de 1930, se necesitaban “buenas costureras” o “costureras competentes para vestidos y trajes sastre”<sup>101</sup>. Así, se insistía sobre la necesidad de que las trabajadoras llevaran muestras como indicación de la calidad de su trabajo. Esto mismo permite emplear los avisos económicos para reconstruir una clasificación laboral más detallada que la ofrecida por el censo de 1920.

Las sastrerías requerían operarias con grados diferentes de especialización ya que, en principio, no era exactamente igual embolsillar que armar una prenda de ropa. Se necesitaban, con diferentes tarifas, costureras adelantadas, vestoneras, ayudantas vestoneras, vestoneras adelantadas y aprendizas, así como pantaloneras y aprendizas chalequeras. Por su parte, los talleres de moda, requerían habitualmente preparadoras de sombreros, ayudanta traje de señora o ayudanta de modas. No es sencillo valorar las diferencias de estas clasificaciones presentes en los anuncios laborales, pero la consistencia temporal de esta nomenclatura sugiere por sí sola que muchas costureras se especializaban en un tipo de atuendo, sea en el interior de los talleres o en sus domicilios. Elena Caffarena en 1924, propone lo mismo cuando resume las entrevistas realizadas a 18 costureras a domicilio de Santiago, advirtiendo que algunas de ellas eran pantaloneras, chalequeras, camiseras o colchoneras, oficios que en algunos casos habían mantenido durante más de una década<sup>102</sup>. Esta cualificación es explícita en un anuncio laboral de la Casa Francesa que señalaba “costureras

98 *Ibidem*, p. XXIX.

99 Véase a Bravo, Rosa y Gálvez, Thelma. “Siete décadas de registro del trabajo femenino, 1854-1920” *Estadística & Economía*, Vol. 5, 1992, pp. 1-51, p. 8.

100 *La Nación*. Santiago, 31 de enero de 1926. “Sastre, modistas y costureras”, p. 39.

101 *La Nación*. Santiago, 2 de mayo de 1930. “Obreros y empleados (buscados y ofrecidos)”, p. 24.

102 Caffarena, “El trabajo a domicilio”, pp. 104-108.

muy competentes para trajes elegantes, necesita la Sección Modas, 2° piso Casa Francesa. Inútil presentarse sin la debida competencia”<sup>103</sup>. Quizás por esto mismo, Alberto Hurtado asegura que esta tienda era la que pagaba “los salarios más altos que he comprobado”, junto con la tienda Rossett y las sastreías La Silueta y Ginebra, todas de Santiago<sup>104</sup>.

La existencia de diferentes especialidades en la confección precisada por los talleres se aprecia en el cuadro N°2, donde se recogen de modo sintético algunas de las clasificaciones más recurrentes en los anuncios laborales sistematizados.

**Cuadro N°2. Distribución de anuncios de ofertas de trabajo en el rubro de la confección (Santiago: junio a septiembre de 1930)**

Mes/semana	Junio					Julio				Agosto				Septiembre			
	1	2	3	4	5	1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
Total anuncios publicados	142	118	117	100	101	80	97	65	68	79	74	73	78	96	66	16	89
Total anuncios rubro Confección	83	51	65	32	44	37	38	27	28	26	38	43	43	63	28	7	50
Costureras	10	3	11	2	3	7	7	4	2	3	6	10	9	14	5	1	14
Camisera	4	3	1	2	5	1	2	-	1	-	1	1	3	1	2	-	3
Ayudanta vestonera	10	4	3	2	2	-	-	3	-	1	2	5	2	7	1	-	3
Ayudanta sastre	4	-	4	1	-	1	1	1	-	1	1	3	4	3	2	-	-
Aprendiza sastre	5	1	1	3	3	-	1	1	-	-	-	5	4	1	2	-	2
Aplanchadora	11	3	8	3	7	2	3	8	5	3	4	2	3	4	1	2	-
Composturera	2	4	2	1	1	-	1	-	1	-	-	1	-	4	1	-	-
Otros oficios del rubro	37	33	35	18	23	26	23	10	19	18	24	16	18	29	14	4	28

Elaboración propia. Sección avisos económicos publicados en *La Nación* los días domingo.

103 *La Nación*. Santiago, 10 de agosto de 1925. “Casa Francesa”, p. 16.

104 Hurtado, *El trabajo a domicilio*, p. 14.



El problema es que, sin importar cuál era la categoría, la costurera se ubicaba por debajo del cortador o sastre en términos laborales, quien recibía siempre una tarifa más elevada por su trabajo que las expertas de la aguja. Ciertamente, esto no respondía a la capacidad intrínseca que tenían las vestoneras, ayudantas o aprendizas, sino a una división de género sobre la que los operarios sastres rara vez quisieron innovar<sup>105</sup>. En el rubro de la confección, igual que en otros, los trabajos de mayor remuneración casi siempre eran sinónimo de trabajo masculino, algo que en ningún caso se modificó con la ampliación de la comercialización de prendas de vestir ni tampoco con el crecimiento de las fábricas de ropa en la ciudad de Santiago. En estos dos casos las jefaturas técnicas casi siempre fueron patrimonio de hombres y en ocasiones extranjeros.

La situación es reconocible en un comentario nada neutral de un actor de la industria en los días de la huelga general del gremio en 1920. Al discernir sobre lo que obtenían los sastres más competentes y los que trabajaban más despacio, un columnista anónimo implícitamente reconoció que estos operarios eran responsables del corte y confección del vestón, la pieza mejor pagada en la industria. En consideración de esto precisa que “en cuanto a las pantaloneras y chalequeras, ganan menos, pues son prendas a que se dedican solamente las mujeres: ningún hombre trabaja pantalones y chalecos”<sup>106</sup>. Es una opinión taxativa pero coincidente con los antecedentes reunidos en los avisos de trabajo, ya que rara vez se requerían ayudantes vestoneros o aprendices de sastre, mucho menos pantaloneros. En todos estos casos la indicación de género de los avisos de trabajo es reveladora, siempre en coincidencia con lo observado desde *El Mercurio de Valparaíso*. El sastre era asistido casi exclusivamente por mujeres de distintas edades y especialización en los talleres y estas siempre actuaban bajo su mando productivo.

De acuerdo con esto, las condiciones salariales de la mayor parte de las costureras no derivaban de su competencia ni rapidez, sino de la sedimentación de una restricción de género en la organización del trabajo al interior de los talleres, lo cual se reproducía en la forma en que se distribuía la confección de cada pieza. Por eso, los bajos ingresos de las costureras no obedecían a una evaluación científica de los costos (tiempo invertido, materia prima, etc.), sino a la naturalización de las jerarquías y desigualdades de género que antecedian a la estructuración del mercado de trabajo en el rubro de la confección<sup>107</sup>. En

105 Un análisis de esta materia en McIntosh, “Sweated Labour”, pp. 108-110.

106 *El Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, 13 de mayo de 1920. “La huelga de operarios de sastrería”, p. 13.

107 Véase: Tilly, Louise A. “Gender and Jobs in Early Twentieth-Century French Industry.” *International Labor and Working-Class History*, N°43, 1993, pp. 31-47. Además, Steedman, “Skill and Gender in the Canadian Clothing Industry”.

eso ciertamente también contribuyó la obra educacional del Estado, puesto que las escuelas para mujeres desde fines del siglo XIX asociaron el currículum con el trabajo de la mujer en el rubro del vestuario ayudando a imbricar costura, espacio doméstico y bajo reconocimiento laboral<sup>108</sup>.

La distribución del trabajo de la confección, en el que la costurera se hacía responsable de las prendas de menor valor -como los pantalones-, se articulaba con otro fenómeno relevante como la división de tareas en la confección. En la década de 1920 diferentes sastrerías publicaron avisos laborales requiriendo ojaladoras, embolsilladoras, caladoras, botoneras o rematadoras, advirtiendo que la contratación significaba responsabilizarse de la elaboración de una parte limitada de cada prenda. Un anuncio de 1926 daba cuenta de esto al requerir “costureras y rematadoras en delantales y ropa blanca se necesitan urgente en la Gran Tienda El Gallo”<sup>109</sup>, así como en un anuncio de 1928 donde se buscaba “ayudanta sastre que haga bebederos y mangas. Inútil si no es competente”<sup>110</sup>.

De ese modo, las costureras no solo recibían las piezas de menor valor -como pantalones y camisas- que los sastres, sino también las partes de una pieza, en circunstancias que avanzaba la fragmentación de la confección al interior de cada taller al mismo tiempo que se uniformaban las prendas de vestir. Un anuncio expresivo en ese proceso pertenece a la sastrería El Buen Gusto, ubicada en la avenida Matucana N°869, porque a mediados de 1928 hacía presente que necesitaba “costureras para hacer overall que sean competentes”<sup>111</sup>, en esa época, una prenda obligatoria entre los matriculados en la Escuela de Artes y Oficios para sus clases de taller, y con ello, en el conjunto de planteles de educación técnica de la capital.

Como numerosas sastrerías de la capital acumulaban stock de ropa hecha y estaban convirtiéndose en tiendas además de talleres de confección, el anuncio de El Buen Gusto no debería considerarse excepcional, sino todo lo contrario. El anuncio es un buen ejemplo para ilustrar la naturaleza de la transición laboral que en la década de 1920 experimentaban los talleres de sastrería, pues

108 Véase: Godoy, Lorena. “Armas ansiosas de triunfo: dedal, aguas, tijeras... La educación profesional femenina en Chile 1888-1912”. Godoy, Lorena; Hutchison, Elizabeth; Rosemblatt, Karin y Zárate, María Soledad (eds.). *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago, SUR, CEDEM, 1995, pp. 71-110, p. 92. Además: León, Guinivere. “Profesionalización del oficio de costura y la construcción de la idea de ‘mujer moderna’ en Chile, 1900-1930”. Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Valparaíso. Valparaíso, 2023, pp. 81-83.

109 *La Nación*. Santiago, 8 de enero de 1926. “Necesitase modista”, p. 19.

110 *La Nación*. Santiago, 30 de abril de 1928. “Operarios y obreros (buscados y ofrecidos)”, p. 20.

111 *La Nación*. Santiago, 13 de julio de 1928. “Sastrería El Buen Gusto”, p. 16.

algunos de ellos confeccionaban trajes económicos (overoles)<sup>112</sup> u otros artículos con talla única.

Aunque la introducción de este tipo de vestuario contraviene la mayor parte de la publicidad sistematizada, pues se insistía en la confección de prendas únicas “intachables”, era claro que el trabajo efectuado por costureras y sastres estaba en vías de cambio ante la confección de ropa estandarizada. Tal como se advirtió, este proceso iba en franco desmedro de la situación laboral del sastre, pero también de las posibilidades de las costureras si se considera que esto reducía sus opciones para conseguir trabajo a trato como vestonera a medida, uno de los oficios más reconocidos a los que podía aspirar al interior de un taller de sastrería a mediados de la década de 1920. Según Alberto Hurtado, si en una semana la vestonera podía alcanzar un jornal diario de \$4.60, una pantalonera solo excepcionalmente podía conseguir \$4 diario, tras descontar los gastos en hilo o aguja que debían usar en cada trabajo<sup>113</sup>. Son cifras que omitían las deudas habituales que las costureras contraían con los agentes de la Singer Sewing Machine Co. en Chile<sup>114</sup>.

La especialización del trabajo de las costureras en una pieza única -camiseras, pantaloneras, etc.- o en una parte de ella -remalladoras, ojalateras, bordadoras-, sumado a la uniformidad creciente del vestuario -como en el caso de los overoles-, sugiere que dentro de las sastrerías un segmento de las trabajadoras de la aguja realizaba una actividad bastante próxima al que se podía encontrar en las fábricas de ropa hecha, pues debían ejecutar tareas continuas. Esta posibilidad debió aumentar más en aquellos negocios con máquinas de coser eléctricas, las que entre 1920 y 1930, se difundieron a juzgar por algunos anuncios que precisaban de forma explícita la nueva tecnología: “Niñas que sepan bien coser a máquina eléctrica, buen sueldo. Delicias 2456”<sup>115</sup>.

Al igual que en el caso de los sastres, la emergente realidad laboral de las costureras estaba implícita en los anuncios de trabajo de “obra grande”. A fines de 1920 esta opción es clara en un establecimiento de Recoleta N°746 donde se especificaba “necesito 30 costureras para ropa blanca, se da trabajo afuera”<sup>116</sup>.

112 Entre otros, consultar: *La Nación*. Santiago, 11 de mayo de 1920. “La carestía del vestuario”, p. 12; *El Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, 26 de mayo de 1920. “El traje barato en los Estados Unidos”, p. 1.

113 Hurtado, *El trabajo a domicilio*, p. 16. La memoria corresponde a agosto de 1923.

114 La venta a plazo fue el sistema más usual con el que las costureras accedieron a una máquina de coser, lo que podía significar un pago mensual de 20 a 30 pesos mensuales. Véase: *La Nación*. Santiago, 19 de agosto de 1923. “Oportunidades para familias”, p. 36 y *La Nación*. Santiago, 22 de marzo de 1927. “Máquinas, motores afines y accesorios”, p. 20. Otra posibilidad era adquirir una máquina de segunda mano que en la misma época se podía conseguir por 250 a 300 pesos. Véase: *La Nación*. Santiago, 29 de noviembre de 1923. “Máquinas”, p. 26.

115 *La Nación*. Santiago, 4 de mayo de 1930. “Obreros y empleados (buscados y ofrecidos)”, p. 53.

116 *La Nación*. Santiago, 18 de noviembre de 1920. “Ocupaciones”, p. 23.

Aún más expresivo es el anuncio de otro establecimiento ubicado en Carrió N°1427: “necesitamos doscientas costureras, camisas, calzoncillos”<sup>117</sup>, seguido unos días más tarde por otro donde se precisaba: “necesito urgente 20 costureras para ropa blanca y una caladora competente” en Echaurren N°654<sup>118</sup>.

Estas últimas oportunidades de trabajo, además, ponen en evidencia una de las características más relevantes del trabajo de la aguja: la inestabilidad estacional. Un rasgo que también está presente en el cuadro N°2 debido a los vaivenes de las ofertas de trabajo contabilizadas en cada semana, apreciándose una disminución relevante en las semanas de invierno. Aunque, según Elena Caffarena, la disminución más significativa del trabajo de la aguja a domicilio se registraba en verano, según su registro de la costurera Sarela Leiva, quien obtenía un ingreso semanal de \$25 por el “trabajo de aparato” con excepción de “los meses de Enero i Febrero”, lo cual era extensivo para Aida Silva, porque a pesar de “sufrir periódicamente de una afección a la vista” trabajaba “día i noche” como costurera salvo “a principios de la temporada de verano [ya que el trabajo] cesa absolutamente en Abril i Mayo”<sup>119</sup>.

La situación laboral de las costureras en la primera posguerra, aun cuando se vislumbraba una modernización general de los talleres de sastrerías y la difusión de máquinas de coser eléctricas, en ningún caso iba a mejorar. La división de tareas y la comercialización creciente de ropa estandarizada eran ajustes menores comparada con una estructura laboral marcada por la desigual distribución del trabajo mejor pagado, y una escasa valoración social de su pericia en el uso de las máquinas, condiciones que la baja regulación legal y escasa fiscalización de la Oficina del Trabajo, eran motivos suficientes para que las costureras reunidas desde 1932 en el Sindicato Profesional Femenino de la Aguja cuestionaran las escasas perspectivas de cambio y denunciaran explícitamente que “la mujer obrera que trabaja a domicilio, en el ramo de la costura es víctima de arbitrariedades por parte de los industriales” y que “a pesar de las leyes sociales obreras no han mejorada en nada”<sup>120</sup>.

117 *La Nación*. Santiago, 19 de agosto de 1925. “Sastres y costureras”, p. 17.

118 *La Nación*. Santiago, 22 de agosto de 1925. “Sastres y costureras”, p. 17.

119 Caffarena, *El trabajo a domicilio*, pp. 104 y 107.

120 *La Nación*. Santiago, 9 de abril de 1934. “Aspiraciones de mejoramiento social y económico femenino”, p. 10.

## CONCLUSIONES

Los talleres de sastrerías fueron uno de los negocios más relevantes de la economía urbana de Santiago en las primeras décadas del siglo, puesto que de su actividad dependieron miles de hombres y mujeres de extracción obrera. Ubicados en un segmento intermedio de la confección del vestuario, sus propietarios -en su mayoría extranjeros- hicieron cuanto pudieron para competir con las grandes tiendas y las fábricas de ropa hecha.

Para sostener su posición, las sastrerías en la década de 1920 eran establecimientos muy diferentes a un simple taller artesanal. Utilizando la publicidad como fuente de información se ha visualizado que utilizaron una serie de innovaciones para acrecentar la comercialización de sus artículos, de modo que no solo abastecieron a los grupos más conspicuos de la población, sino que integraron a un segmento relevante de los empleados del sector público y privado, así como un nicho más reducido de la clase obrera. Debido a esto mismo, las sastrerías adelantaron la transformación laboral que suele atribuirse a la organización propiamente industrial en la medida que contribuyeron a la difusión de la división del trabajo al participar de forma incipiente en la estandarización del vestuario. Aun cuando las sastrerías eran talleres con escasa dotación tecnológica y recurrían a sistemas laborales dispersos, asociados con el trabajo a domicilio, prepararon el terreno de las fábricas porque desde el punto de vista laboral redujeron el carácter de trabajador especializado que los sastres en algún momento tuvieron. La acumulación de ropa hecha en estos establecimientos es un buen indicador para aproximarse a los cambios más generales del trabajo del sastre, al menos de la mayor parte del gremio que se hizo partícipe de la transición entre la confección a medida a la confección en serie.

Hacia 1920 las sastrerías emplazadas en el área central del comercio de la capital habían consolidado un negocio complejo que se abastecía de un mercado de consumo conspicuo, fundado en los pedidos de vestuario hecho a medida, pero también de la venta directa de prendas confeccionadas en sus talleres. Este buen negocio para sus propietarios abonó un cambio importante en las condiciones laborales que enfrentaron sastres y costureras.

Una parte relevante de nuestro argumento ha buscado explorar la manifestación de los cambios que vaticinó la ampliación de la comercialización de las prendas de vestir estandarizadas. Aunque esta problemática sigue siendo una deuda de la historia social, es patente que se inscribe en un proceso más largo y sus orígenes se remontan a las últimas décadas del siglo XIX, justamente cuando prosperaron las primeras fábricas de ropa y uniformes en el país, así como las primeras grandes tiendas. No obstante, nuestro afán no era

retrotraer la cronología para examinar los “orígenes” del proceso “de creciente diferenciación social al interior” de los sastres<sup>121</sup>, sino sentar las bases para comprender el tipo de trabajo manufacturero que yacía en la ciudad antes de la difusión del régimen fabril. Desde ese punto de vista, nos ha interesado poner de relieve las circunstancias laborales que tenía la mano de obra masculina y femenina de Santiago, y el camino que siguió en los talleres, visualizando el preludio de su incorporación masiva a las fábricas de confección. En esa ruta, el examen de las sastrerías constituye una pieza fundamental.

El resultado, planteado en términos exploratorios, sugiere que en la ciudad de Santiago se fue estructurando una jerarquía laboral marcada por el género con anterioridad al auge industrial, de modo que la incorporación de la mujer en el rubro de las fábricas de ropa fue una continuidad con el trabajo pagado por pieza que las costureras ya ejercían en las sastrerías. Así, cabe advertir que una proporción importante de las costureras comenzaron a ensayar, aunque de forma tentativa, el trabajo repetitivo que caracterizó a las fábricas, en circunstancia que la división del trabajo y la ejecución de tareas específicas era una realidad presente en las grandes sastrerías de Santiago. No debe pasarse por alto que hacia 1920 estos establecimientos también confeccionaban ropa en serie cuando los sastres y las costureras eran reclutados para “grandes obras” de pantalones o ternos.

En nuestra perspectiva, este proceso de cambio laboral debería añadirse a una de las interrogantes más sugerentes que analizó Elizabeth Hutchison al observar que la estadística de los censos publicados entre 1920 y 1930 había hecho desaparecer miles de costureras del país -un declive compatible con otras realidades como Inglaterra y Francia en el inicio del siglo XX<sup>122</sup>-. Aun cuando se comparte su crítica, es probable que la reducción en el número absoluto de costureras sea algo más que un juego estadístico realizado por los empadronadores de ambos censos. A esa altura el trabajo de la costura experimentaba cambios por el avance de la estandarización de la producción del vestuario en el país. Ciertamente, todavía resta por explorar detalles y acomodos resultantes de este cambio. La difusión de las máquinas de coser eléctricas (considerados los diferentes tipos tecnológicos en uso) así como la extensión del trabajo a domicilio y su articulación con los talleres de sastrerías siguen siendo un campo necesario en la reflexión historiográfica si se propone comprender en profundidad las diferenciaciones de género que estructuraron los mercados del trabajo en el siglo XX.

---

121 Grez, *De la “regeneración del pueblo”*, p. 472.

122 Véase a Tilly y Scott, *Women, Work & Family*, pp. 152-153.

## BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes de archivo

Archivo Nacional de la Administración (ARNAD), Fondo Dirección del Trabajo, Vol. 263, 308, y 601.

Archivo Nacional de la Administración (ARNAD), Fondo Conservadores de Santiago.

Dirección General de Estadística. *Censos de la República* (1920 y 1930).

Oficina Central de Estadística. *Anuarios Industriales* (1910-1926).

### Fuentes publicadas

Caffarena, Elena. "El trabajo a domicilio". *Boletín de la Oficina del Trabajo*, año XIV, N°22, 1924, pp. 97-108.

Hurtado, Alberto. *El trabajo a domicilio*. Santiago, "El Globo", 1923.

Lloyd, Reginald. *Impresiones de la República de Chile en el siglo veinte: historia, gente, comercio, industria y riqueza*. Londres, Editorial Truscott & Sons Ltda., 1915.

*La Aguja*. Valparaíso, años 1924-1925.

*El Arte de Vestir*. Santiago, años 1938-1939.

*La Federación Obrera*. Santiago, años 1910-1924.

*El Mercurio*. Santiago, año 1920.

*El Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, año 1920.

*La Nación*. Santiago, años 1917-1934.

## Bibliografía

Berg, Maxine. *La era de las manufacturas 1720-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica*. Barcelona, Editorial Crítica, 1987.

Braverman, Harry. *Labor and Monopoly Capital. The Degradation of Work in the Twentieth Century*. Nueva York, Monthly Review Press, 1974.

Bravo, Rosa y Gálvez, Thelma. "Siete décadas de registro del trabajo femenino, 1854-1920". *Estadística & Economía*, Vol. 5, 1992, pp. 1-51.

Brito, Alejandra. "Del rancho al conventillo: transformaciones en la identidad popular femenina, Santiago de Chile, 1850-1920". Godoy, Lorena; Hutchison, Elizabeth; Roseblatt, Karin y Zárate, María Soledad (eds.). *Disciplina y des-acato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago, SUR, CEDEM, 1995, pp. 27-69.

Cerda, Karelía y Rojas, Constanza. "Inserción laboral de mujeres en Iquique durante el siglo del salitre: División sexual del trabajo y relaciones sociales de género (1890-1920)". *Diálogo Andino*, N°65, 2021, pp. 429-445.

Coffin, Judith G. *The Paris Garment Trades 1750-1915*. Nueva Jersey, Princeton University Press, 1996.

Coffin, Judith. "Credit, Consumption, and Images of Women's Desires: Selling the Sewing Machine in Late Nineteenth-Century France". *French Historical Studies*, Vol. 18, N°3, 1994, pp. 749-783.

De la Cruz-Fernández, Paula. "Multinationals and Gender: Singer Sewing Machine and Marketing in Mexico, 1890-1930" *The Business History Review*, Vol. 89, N°3, 2015, pp. 531-549.

DeShazo, Peter. *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile. 1902-1927*. Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2008.

Dussaillant, Jacqueline. *Las reinas del Estado. Consumo, grandes tiendas y mujeres en la modernización del comercio de Santiago (1880-1930)*. Santiago, Ediciones UC, 2011.

Dussaillant, Jacqueline. "La publicidad para la salud infantil en la prensa chilena (1860-1920)". *Cuadernos de Historia*, Vol. 45, 2016, pp. 89-115.

Errázuriz, Jorge y Eyzaguirre, Guillermo. *Monografía de una familia obrera*. Estudio introductorio de Simón Castillo. Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2018.

Frías, Patricio; Echeverría, Magdalena; Herrera, Gonzalo y Larraín, Christian. *Industria textil y del vestuario en Chile*. Vol. II. *Evolución económica y situación de los trabajadores*. Santiago, Colección de estudios sectoriales PET, 1987.

Godley, Andre. "Selling the Sewing Machine Around the World: Singer's International Marketing Strategies, 1850-1920" *Enterprise & Society*, Vol. 7, N°2, 2006, pp. 266-314.

Godoy, Lorena; Díaz Ximena y Mauro, Amalia. "Imágenes sobre el trabajo femenino en Chile, 1880-2000" *Universum*, N°24, Vol. 2, 2009, pp. 74-93.

Godoy, Lorena. "Armas ansiosas de triunfo: dedal, aguas, tijeras... La educación profesional femenina en Chile 1888-1912" Godoy, Lorena; Hutchison, Elizabeth; Roseblatt, Karin y Zárate, María Soledad (eds.). *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago, SUR, CEDEM, 1995, pp. 71-110.

Green, Nancy L. "Women and Immigrants in the Sweatshop: Categories of Labor Segmentation Revisited" *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 38, N°3, 1996, pp. 411-433.

Greztoso, Sergio. *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1998.

Hale, Angela y Wills, Jane. *Threads of Labour. Garment Industry Supply Chains from the Workers' Perspective*. EE.UU. Blackwell Publishing, 2005.

Hutchison, Elizabeth. *Labores propias de su sexo. Género, política y trabajo en Chile urbano 1900-1930*. Santiago, LOM Ediciones, 2014

Hutchison, Elizabeth. "La historia detrás de las cifras: la evolución del censo chileno y la representación del trabajo femenino, 1895-1930" *Historia*, Vol. 33, 2000, pp. 417-434.

Illanes, María Angélica. *Cuerpo y sangre de la política. La construcción histórica de las Visitadoras Sociales (1887-1940)*. Santiago, LOM Ediciones, 2006.



Lavrin, Asunción. *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*. Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2005.

León, Guinivere. "Profesionalización del oficio de costura y la construcción de la idea de 'mujer moderna' en Chile, 1900-1930" Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Valparaíso. Valparaíso, 2023.

Matta, Andrés y Montero, Jerónimo. *¿Quién hace tu ropa? Estudios sobre la industria de la indumentaria en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2020.

McIntosh, Robert. "Sweated Labour: Female Needleworkers in Industrializing Canada". *Labour/Le Travail*, Vol. 32, 1993, pp. 105-138.

Mitidieri, Gabriela. "'Un autómatas de fierro': máquinas de coser, ropa hecha y experiencia de trabajo en la ciudad de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX". *Historia Crítica*, N°82, 2022, pp. 27-49.

Nari, Marcela. "El trabajo a domicilio y las obreras (1890-1918)". *Razón y Revolución*, N°10, 2002, pp. 1-13.

Pennington, Shelley y Westover, Belinda. *A Hidden Workforce. Homeworkers in England, 1850-1985*. Londres, Macmillan Education, 1989.

Rospigliossi, Franco. "Costureras industriales: estudio de las condiciones materiales y representaciones de las trabajadoras industriales de confección y vestuario 1912-1926". Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Chile. Santiago, 2015.

Román, José; Godoy, Lorena y Stecher, Antonio. "Talento y ciencia: el trabajo de venta en el marco del proceso de modernización de la actividad comercial en Chile (1890-1930)". *Historia*, N°55, Vol. II, 2022, pp. 257-301.

Romero Marín, Juanjo. *La construcción de la cultura del oficio durante la industrialización. Barcelona, 1814-1860*. Barcelona, Icaria editorial, 2005.

Sábato, Hilda y Romero, Alberto. "Artesanos, oficiales, operarios: trabajo calificado en Buenos Aires, 1854-1887". Armus, Diego (comp.). *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990, pp. 219-250.

Salazar, Gabriel. "La mujer del 'bajo pueblo' en Chile: bosquejo histórico". *Proposiciones*, Vol. 21, 1992, pp. 89-107.

Salazar, Gabriel. *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, Siglo XIX)*. Santiago, Penguin Random House, 2018.

Salazar Vergara, Gabriel. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago, LOM Ediciones, 2000.

Scott, Joan. "Identidades masculinas y femeninas en el ámbito laboral. La política del trabajo y la familia en la industria parisina del vestido en 1848". Scott, Joan. *Género e historia*. México D.F., Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008, pp. 125-147.

Schiemchen, James. *Sweated Industries and Sweated Labor: The London Clothing Trades, 1860-1914*. Beckenham (Inglaterra), Croom Helm Limited, 1984.

Steedman, Mercedes. "Skill and Gender in the Canadian Clothing Industry, 1890-1940" Heron, Craig y Storey, Robert (eds.). *On the Job. Confronting the Labour Process in Canada*. Kingston y Montreal, McGill-Queen's University Press, 1986, pp. 152-176.

Tilly, Louise y Scott, Joan. *Women, Work & Family*. Nueva York y Londres, Routledge, 1978.

Tilly, Louise A. "Gender and Jobs in Early Twentieth-Century French Industry" *International Labor and Working-Class History*, N°43, 1993, pp. 31-47.

Urriola Pérez, Ivonne. "Espacio, oficio y delitos femeninos: el sector popular de Santiago, 1900-1925" *Historia*, Vol. 32, 1999, pp. 443-483.

Venegas Espinoza, Fernando. "Mutualismo y economía social solidaria. Chile, 1910-1930" *Cuadernos de Historia*, Vol. 57, 2022, pp. 309-353.

Veneros, Diana y Ortega, Luis. "Trabajo femenino fabril en un contexto de modernización: Una visión de su evolución por provincias. Chile, 1910-1930" *Universum*, Vol. 26, N°1, 2011, pp. 151-168.

Vergara, Ángela y Orellana, Paola. "Los trabajadores de las grandes tiendas: Gath y Chaves, Chile, 1910-1952" *Claves. Revista de Historia*, Vol. 5, N°8, 2019, pp. 35-65, pp. 41-44.

Recibido el 3 de julio de 2025

Aceptado el 21 de agosto de 2025

Nueva versión: 13 de octubre de 2025